

el apoyo de las bayonetas rusas y sajonas, sin que para nada se necesitara del auxilio del Austria. Esta potencia, por el contrario, hubiera debido hacer todo lo posible por un lado para no irritar al rey de Prusia con su intervencion supérflua en favor del elector de Sajonia, y por otro para no dar á la Francia un pretexto cómodo de tomar resoluciones hostiles contra el imperio alemán y las posesiones austriacas en Italia, en union con la España y la Cerdeña siempre disponibles para este objeto.

Pero cabalmente esta fué la falta que cometió el emperador en su ignorancia, cuando á instancias del enviado inglés Robinson y del embajador hanoveriano Dieden, según refiere Bartenstein, se dejó inducir á hacer en julio de 1733 un convenio con el príncipe elector de Sajonia que le acarrió una guerra grande y desgraciadísima, sin mas beneficio que la renovacion de las garantías en favor de su pragmática sancion, tan inútiles é ineficaces como todas las otras. Mas ¿cómo no hacerlo, cuando su embajador en París, el conde de Sinzendorf, conocía tan á fondo al cardenal Fleury? Este diplomático escribía al emperador carta tras carta diciendo que nada había que temer de aquel pastor de almas; y que convenia no dejarse intimidar por frases sonoras. Aquel conde debía saber lo que se decía.

El mismo lenguaje tranquilizador usó el embajador español en Viena que decía, que no había que pensar que España enviara tropas á Italia.

La verdad es que costó mucho al cardenal Fleury la resolucion de mezclarse en el embrollo polaco, y esto por motivos muy honrosos mirados bajo el punto de vista francés. A los que le aconsejaban este paso contestó: «¿Hemos de arruinar á Luis XV para encumbrar á su suegro Estanislao? ¿Debenos enviar nuestro dinero á Polonia para no volverlo á ver más, y repartirlo entre electores, que toman dinero de todos para entregarse finalmente al último que les unta las manos?» Fleury, mucho mas previsora que sus compatriotas que aun hoy le reconviene por su vacilacion, vió claramente que la Francia era impotente para sostener en Polonia un rey contra la voluntad de la Rusia; y cuando al fin y al cabo cedió á las instancias del ministro Chauvelin y del mariscal Villars, hizo lo que pudo para limitar la accion de la Francia á lo mas preciso. Hízose, pues, la eleccion de Estanislao en 12 de setiembre de aquel año, con el sacrificio de un par de millones en dinero francés para la compra de votos; pero los 60,000 nobles que habían hecho la eleccion no tardaron en dispersarse en todas direcciones ante los cosacos y calmuco del ejército ruso, que compuesto de 50,000 hombres marchó sobre Varsovia; donde bajo su proteccion se reunieron 3,000 electores polacos en 5 de octubre en un bosque próximo á aquella capital, y proclamaron rey á Augusto III de Sajonia. El rey Estanislao apenas tuvo tiempo, despues de su eleccion, para huir á Danzig, en cuya ciudad, polaca entonces, le cercó el general ruso Muennich con 30,000 hombres en enero de 1734. El único auxilio que le prestó allí la Francia consistió en el envío de una escuadra con 1,500 hombres de desembarco al Báltico que echó las tropas en tierra en la embocadura del Vístula en 10 de mayo, pero que en 14 del mismo mes regresó á Copenhague porque conoció la imposibilidad de luchar contra las fuerzas rusas, tan superiores en número. El embajador francés en Copenhague, conde de Plelo, breton fogoso, amigo del marqués D'Argenson y miembro del *club del Entresuelo*, hizo que la escuadra volviese otra vez á Danzig, embarcándose él tambien. Llegado que hubo con la expedicion á la embocadura del Vístula, emprendió con los tres batallones franceses, mandados por La Peyrouse-Lamotte, un ataque temerario á las trincheras rusas, luchando y muriendo como un héroe. La tropa se

sostuvo todavía algun tiempo en su campamento, hasta que La Peyrouse tuvo que capitular obteniendo retirada libre con armas y bagajes. El rey Estanislao pudo escapar disfrazado de artesano á Koernigsberg y quedó otra vez concluido su reinado.

Bajo ambos conceptos, político y militar, habría sido una gravísima falta la intervencion de la Francia desde el primer paso hasta el último, y habría tenido toda la culpa del vergonzoso descalabro, si la Polonia hubiese sido el único punto donde se jugaba la partida, porque en este caso ó no debería haber hecho nada, ó debería haber obrado con recursos muy diferentes; pero el epilogo se representó en otra parte, donde la Francia, en los dos conceptos arriba indicados, no solo pudo indemnizarse de sus gastos, sino salir con ganancia.

Esta segunda parte de la contienda no fué efecto de cálculo; el mismo emperador Carlos VI la provocó sin reflexionar.

Desde el mes de julio de 1733 era el emperador el aliado del contrincante del rey Estanislao, y en 5 de octubre, habiendo concluido éste su papel fugaz, había sido proclamado Augusto de Sajonia rey de Polonia, sin necesidad de que un solo soldado austriaco pasara la frontera de Siberia. Pocos días despues, es decir, desde el 10 al 27 de octubre, recibió el emperador con este motivo sucesivamente tres declaraciones de guerra, á saber; de Francia, de España y de Cerdeña. La redaccion de estos documentos demostraba que los tres gobiernos habían buscado un pretexto á cualquier precio, y sino se les hubiese presentado este, habrían encontrado otro; pues que pasaba ya de ridículo el motivo que alegaban, á saber; «que solo empuñaban las armas para vengar la afrenta del rey Estanislao, y castigar al opresor de la libertad de Polonia.»

Antes de concluir el mes de octubre un ejército francés mandado por el mariscal Berwick había inundado toda la Lorena, ocupado á Nancy y obligado á la plaza de Kehl á rendirse, mientras otro ejército mandado por el mariscal Villars, que entonces contaba 82 años de edad, pasaba los Alpes para unirse con los piemonteses y conquistar el Milanesado; y una escuadra española de 20 navios desembarcaba 16,000 hombres en la costa genovesa donde se les reunieron 6,000 hombres á caballo para marchar sobre Toscana.

Así parecía reservada al joven rey de Cerdeña, Carlos Manuel III, á cuyo favor había abdicado su padre Víctor Amadeo II en 1736, la mision de comerse la mejor alcachofa, como llamaba este último al Milanesado, no hoja á hoja, como era su intencion, sino de una sola vez. A fines del mismo octubre pasó Carlos Manuel el Sesia y el Agogna; se le rindieron las ciudades de Vigevano, Tortosa y Novara y Pavia le envió las llaves. En seguida pasó el Tesino y se le rindió Milan. Entonces empezó la campaña de sitios con tanto éxito, que á principios del año 1734 estaban en su poder todas las ciudades de la Lombardia, excepto la fortísima plaza de Mantua; pero con lo demás bastaba para que el rey pudiera ya añadir á sus títulos el de «duque de Milan.»

Menos trabajo costó todavía al infante Carlos de España el conquistar el reino de Nápoles, pues que allí apenas hicieron resistencia las tropas imperiales, mientras por otro lado la poblacion se apresuraba á facilitar la conquista al invasor. En 3 de abril de 1734 el virey austriaco abandonó la ciudad de Nápoles, y en 15 de mayo siguiente hizo el infante Carlos su entrada solemne en aquella capital, donde diez días despues se hizo proclamar rey de las Dos Sicilias. Despues de haber derrotado su general duque de Montemar al ejército austriaco fugitivo cerca de Bitonto, y de haber capitulado las guarniciones de Pescara, Gaeta y Capua, fué reconocido el nuevo rey en toda la parte continental de su reino.

En la isla de Sicilia encontró Montemar tambien en la poblacion un auxiliar muy activo, y en el verano de 1735 no quedó ya allí un solo soldado austriaco.

El Austria se encontró en grandísimo aprieto; su única esperanza, el príncipe Eugenio, era viejo y aunque todavía alma enérgica, era corporalmente solo una sombra de lo que había sido en su juventud. Este héroe anciano envió en noviembre y diciembre de 1733 mensajes urgentes á las cortes de Londres y del Haya para recordarles los deberes á que las obligaban los tratados. «Si una conspiracion tan infame, escribió al gobierno holandés, como la concertada entre Francia, España y Cerdeña no constituye un *casus federis*, es inútil hablar ya de fe y de lealtad, ni tiene sentido comun el celebrar tratados ni alianzas.» Recordó al gobierno de Londres que el emperador se había interesado en la eleccion del elector de Sajonia á instigacion de la misma Inglaterra, que solo en consideracion á ella había admitido á la España en Italia, y renunciado á la compañía de las Indias Orientales en Ostende y á sus ventajas. «Despues de tantos sacrificios, decía, sería imposible que le abandonasen los aliados con cuyo auxilio firmemente había contado.»

A todas estas consideraciones y súplicas se mostraron sordas las potencias marítimas; la Holanda firmó con Francia un tratado de neutralidad, é Inglaterra declaró que por sí sola no podía hacer nada ya que nada hacia la Holanda; bien que en otras circunstancias no era este último país mas que un falucho que iba á remolque de la soberbia nave llamada Gran Bretaña. Esta vez, para no ayudar al Austria, el poderoso imperio insular encontró muy conforme á su decoro ocultarse detrás de la inaccion de la pequeña república de tenderos.

De la Prusia no tenía derecho la corte de Viena á pedir sacrificio alguno extraordinario, porque el emperador no había cumplido con ninguna de las obligaciones estipuladas en dos tratados en cambio del reconocimiento de su pragmática sancion; ni había ratificado el de Loewenwolde que había sido abandonado sin consultar siquiera á la Prusia. Consecuente con sus sentimientos de lealtad al imperio alemán, el rey de Prusia envió su completo contingente obligatorio de 10,000 hombres al Rhin cuando el mismo imperio como tal declaró la guerra á Francia por la toma de Kehl; y si el ejército confederado compuesto de 70,000 hombres miró inactivo, bajo el mando del príncipe Eugenio, cómo en 18 de julio de 1734 se apoderaban los franceses de la plaza de Philippsburg, despues de un riguroso sitio, no fué por culpa del rey de Prusia.

En ambos lados de los Alpes estaba el ejército austriaco en un estado de descuido verdaderamente espantoso. A orillas del Rhin no hacia nada su general mas célebre, y en Italia fueron vencidas sus mejores tropas en 29 de junio cerca de Parma, y completamente derrotadas por un golpe de mano feliz del enemigo cerca de Guastalla en 19 de setiembre. La situacion del Austria al concluir la campaña de 1734 era, en opinion del mismo príncipe Eugenio, desesperada; por manera que hubo de exponerla repetidas veces al emperador diciéndole que en vista de no poder contar ya con el auxilio pecuniario de Inglaterra y Holanda, ni con recursos propios, completamente exhaustos, y atendida la actitud hostil de Baviera, y la informalidad de los confederados alemanes, era preferible á la guerra una paz cualquiera con cualquier sacrificio territorial, salvo, si era posible, una parte de las posesiones en Italia para «conservar enteros y libres de toda disputa los territorios hereditarios á su ilustre heredera, si el Todopoderoso tuviera dispuesto no conceder á V. M. un sucesor varon.» No se hizo sin embargo la paz sino al año siguiente, despues que el príncipe Eu-

genio había vuelto á sus operaciones en la cuenca del Rhin, donde se le juntó en su campamento cerca de Heidelberg un cuerpo auxiliar de tropas rusas, con lo cual alcanzó á lo menos la separacion completa del elector de Baviera de la Francia. Fué el cardenal Fleury quien, despues de haberse negado las potencias marítimas á interponer su mediacion, arregló la paz tratando directamente con la corte de Viena. En 3 de octubre del año 1735 quedaron firmados en Viena los preliminares por el conde de Sinzendorf á nombre del Austria y La Beaume por la Francia, contando las dos potencias con la conformidad de España y del rey de Cerdeña, como efectivamente la obtuvieron, bien que con alguna resistencia, de parte de estas dos potencias. El emperador renunció á la posesion de Nápoles y de Sicilia, reconociendo á Don Carlos por rey de las dos Sicilias, y recibiendo en cambio Parma y Piacenza. Tambien le fué devuelta la Lombardia, menos los distritos de Novara y de Vigevano que hubo de ceder al rey de Cerdeña. Estanislao Lesczinski conservó el titulo y honores de rey recibiendo los ducados de Bar y de Lorena que á su muerte habían de reunirse á la Francia. Para indemnizar al duque verdadero de Lorena se le prometió el gran ducado de Toscana á la muerte del gran duque. En cambio la Francia reconoció y prometió defender la ley de sucesion austriaca, en la forma siguiente en el artículo 10.º del tratado de paz definitivo ratificado en 18 de noviembre de 1738: «S. M. cristianísima defenderá la citada ley de sucesion con todas sus fuerzas siempre que fuere menester y contra quien fuere; igualmente promete defender y sostener perpetuamente en su plena posesion á la persona que según la citada ley heredara los reinos, provincias y Estados que S. M. imperial actualmente posee.» Esta promesa no podía ser mas clara ni mas precisa y libre de toda condicion y reserva; de modo que la persona que creía todavía en la fuerza de esta clase de documentos podía estar muy tranquila respecto de la Francia.

Pocos meses despues de haberse firmado los preliminares de esta paz murió el príncipe Eugenio en 21 de abril de 1736 á la edad de 73 años. Tiempo hacia que el famoso vencedor de los turcos y franceses ya no adquiría nuevos lauros en los campos de batalla, pero su experiencia de mundo, su vista penetrante y su completo desinterés hacian de él un eminente piloto para la nave del emperador, y como tal ahorró á este muchísimas desgracias. Muerto él, dividieron entre sí su influencia una caterva de oficinistas, cortesanos é intrigantes que precipitaron á la infortunada monarquía en un torbellino de aventuras donde consumió sus últimas fuerzas.

## VII.—LA DECADENCIA DE WALPOLE

Roberto Walpole fué el primer ministro inglés que declaró francamente: «Somos una nacion mercantil, y la extension de nuestro comercio es nuestra única política nacional.» A pesar de este su principio y norte, no logró vivir siempre en buena inteligencia con las clases mercantiles de su nacion, porque estas cabalmente le obligaron á renunciar á la única reforma importante que en su larga carrera de ministro había emprendido, y á declarar despues una guerra que pugnaba con su rectitud y con sus conocimientos superiores; prueba de lo débil que era interiormente su gobierno, tan fuerte en apariencia, y de la falta de carácter de su jefe, tan acostumbrado á disponer y mandar. El horizonte que Walpole había abierto á la ambicion y al espíritu de empresa de sus compatriotas no tenía mas límites que los del mismo globo terrestre, pero el genio mercantil que había producido la prosperidad y grandioso aumento del comercio, era egoísta.



ta, mezquino, rudo y brutal; y nadie se asimiló estas cualidades innobles de todo el sistema nacional con mayor cinismo que el mismo Walpole; por manera que no era extraño que no se viera correspondido cuando alguna vez quiso realizar algún plan más elevado que los proyectos y propósitos usuales de su política, y que finalmente se viera víctima de los espíritus que él mismo evocara.

La tarea corriente de aquel gobierno, que compraba todo lo que era venal, y que no tocaba á nada que pudiera engendrar descontento en la hueste de votantes de su partido, marchaba tranquilamente, cuando el rey Jorge I murió en 22 de junio de 1727 en Osnabruck camino de Hanover. El nuevo rey Jorge II, que había nacido en 1683, odiaba al ministro Walpole, como María Teresa de Austria odió al consejero de su corte Bartenstein antes de conocerle bien; pero como el nuevo rey hablaba el inglés con fluidez y era conocedor de las personas y cosas de su nueva patria, tenía más independencia que su padre en frente del poderoso jefe del partido whig. Su esposa Carolina de Anspach era una señora distinguida que no podía ser tratada como la duquesa de Kendal, mientras su querida lady Suffolk era enteramente adicta al partido tory ó de oposicion. Estando así las cosas le parecía á Walpole que iba al tribunal á escuchar una sentencia fatal cuando se trasladó al palacio de Richmond con la fúnebre noticia para participarla oficialmente al rey, besarle la mano como su nuevo soberano y oír de sus labios á quien deseaba confiar la redaccion del acostumbrado mensaje para el consejo secreto. «Compton,» contestó el rey lacónicamente y con esta contestacion hubo de retirarse el ministro.

Sir Spencer Compton, presidente de la cámara de los comunes, era persona respetabilísima, pero no servía para ministro; y cuando Walpole le comunicó el encargo del rey, le dijo con franqueza que no se creía capaz de desempeñarlo rogándole que redactara en su lugar la comunicacion para el consejo, á lo cual Walpole accedió gustoso, tanto más, cuanto que conoció en esto que no estaría mucho tiempo sin ser llamado otra vez al gobierno. En efecto, pocos días después volvió á estar sentado más firmemente que nunca en su sillón ministerial con todo su gabinete. Había prometido al rey, que era muy codicioso, un aumento de dotacion de 130,000 libras esterlinas anuales, y á la reina 100,000 libras de viudedad; cantidades que el parlamento concedió sin que la oposicion osara arriesgar ni una sola palabra en contra. El rey bendijo el talento luminoso de su esposa que en el primer momento le había recordado el dicho de su padre: «Walpole es el hombre que de las piedras hace oro.»

Viéndose ya hombre necesario, y dueño absoluto del ministerio desde la salida en mayo de 1730 de su cuñado Townshend con el cual hacía mucho tiempo que ya no simpatizaba, empezó desde luego á dedicarse más y más claramente á un proyecto que acariciaba de larga fecha, el cual debía producir un aumento considerable de ingresos al tesoro y cimentar sólidamente el poder de su partido.

Hidalgo provinciano de pura raza, por su cuna, educacion y costumbres, como toda la Inglaterra no ha conocido otro, sabía mejor que ningún hombre de Estado cuán difícil y á la vez cuán importante era separar á esta clase del partido tory y hacerla ingresar en el suyo ó whig. Esta gente sentía una pronunciadísima repugnancia hácia los disidentes, y la consideracion de que disfrutaban á la sazón era para ella como una espina entre carne y uña. No menor era su aversion á la aristocracia del dinero, que se pavoneaba en el parlamento, así como á los bolsistas de la capital. El disgusto acerbo que le causaba la postergacion á que se veía reducida, solo podía cicatrizarse paso á paso, y de no proce-

derse seriamente á la cura, se habría ido haciendo incurable. Esto era lo que Walpole se había decidido á hacer por medio de una rebaja progresiva de la contribucion territorial, que en aquella época estaba fijada por la ley del año 1692 en el 20 por ciento de la renta anual de las fincas rurales. Walpole rebajó esta contribucion al 5 por ciento en los años 1731 y 1732. Hoy es imposible averiguar si esta enorme disminucion podía entonces ser reclamada por un estado fatal de la propiedad rural, ó si solo fué efecto de un cálculo político. Cierto es que para llenar el gran descubierta que esta medida causó en los ingresos del tesoro, no había otro medio justo á la vez que eficaz más que imponer una contribucion general sobre la renta, sobre todo á los grandes capitales, cuyo poderoso aumento era desde unos dos ó tres decenios la base de la riqueza nacional; mas no fué este el medio que adoptó Walpole, quizás porque previó que sería rechazado por la cámara de los diputados donde tantos capitalistas se sentaban; de modo que eliminado este recurso, solo quedaban aquellos otros que si no eran positivamente injustificables, eran cuando menos sospechosos ó habrían ofrecido en la práctica puntos vulnerables donde podía hacer hincapié la oposicion.

Por desgracia procedió como si hubiese querido provocar adrede la resistencia. Había propuesto y obtenido con aplauso general en 1730 la abolicion del impuesto odiado sobre la sal, y exactamente dos años después tuvo que volver á hacerlo votar de nuevo por el parlamento, siempre obediente á sus indicaciones. Peor fué lo que hizo en 1733. Desde el año 1717 disfrutaba la Inglaterra de una institucion útil y acertada por demás: era un fondo de amortizacion, contrapeso indispensable al crecimiento espantoso de la deuda pública. Había fundado esta caja el mismo Walpole en union con Stanhope; y el público agradecido solía llamar al primero á veces el padre de la institucion, cosa que le halagaba mucho. Durante todo el reinado de Jorge I la había respetado como el arca santa de la alianza, conforme por lo demás correspondía á una administracion entendida de la hacienda pública. En la época de la revolucion subía la deuda pública solo á 648,000 libras: á la muerte de Guillermo III había aumentado hasta 16 millones, y al subir al trono Jorge I llegaba ya á 54 millones. A pesar de ser tan grande, no se hacía sentir como una plaga nacional como hacían ver los tories, porque estaba colocada en el mismo país, los intereses se pagaban con puntualidad, y hasta servía como hemos visto en un capítulo anterior de elemento robusto de union política, que ningún otro era capaz de reemplazar. Verdad es que el aumento de los impuestos que hacía necesario el pago de los intereses, pesaba bastante sobre las clases medias y bajas; pero el peligro mayor no estribaba en esto, sino en el aumento constante y sin plan ni método de la deuda, y este era cabalmente el peligro que estaba destinada á conjurar la caja de amortizacion cuyos fondos crecían con la prosperidad general. Pues bien, á este fondo acudió Walpole, distrayéndole de su objeto, para aliviar la carga de la nobleza territorial. En el año 1733 logró del parlamento la autorizacion de transferir 500,000 libras esterlinas del mismo á otras atenciones del tesoro; al año siguiente se transfirieron 1.200,000 y al tercer año todo el fondo, porque había naufragado toda la gran reforma hacendista sobre la cual había construido Walpole todo su plan.

La organizacion tributaria de Inglaterra había tomado en el reinado dispendioso de Guillermo III, la forma y el carácter que determinaron su desarrollo posterior. Había entonces tres ingresos principales con los cuales el gobierno cubría todos los gastos de la administracion, de la guerra y del pago de intereses de la deuda; estos tres recursos consistían en la

contribucion territorial, los derechos de aduana y los del consumo. La primera había dado en el citado reinado en un período de diez años 19.174,059 libras esterlinas; y en todo el reinado de Guillermo III habían producido las aduanas 13.296,833 libras y el consumo 13.649,328 libras esterlinas. Ninguno de estos impuestos gravitaba directamente sobre el capital móvil que cabalmente desde entonces empezó á prosperar. La ley de 1692 extendió la contribucion territorial al capital, por cuya razon no correspondía ya el nombre de este impuesto á su objeto; pero pronto se separó el capital de esta union con la renta primero de hecho y luego por una ley expresa. La persona que no poseía terrenos, aunque poseyera millones de libras esterlinas en papel del Estado, no pagaba un céntimo de contribucion directa. Para la ley tributaria era la tal persona un pobre. La contribucion territorial jamás fué aumentada en proporcion del valor, siempre creciente, de la propiedad inmueble, y naturalmente rebajarla todavía, sin cargar nada al capital líquido y móvil, era meterse en una senda fatal. La nobleza territorial y la del dinero ganaban, y la mina de oro que debía sufragar los gastos por ambas consistía en el encarecimiento de las primeras materias y de los artículos alimenticios y en la tributacion exclusiva de las clases productoras y trabajadoras.

Los aranceles de aduanas y de consumos de Walpole jamás habían suscitado queja alguna en Inglaterra. Con la inexorable exclusion de productos manufacturados extranjeros, causa de tan crueles padecimientos para Irlanda, encontrábanse los industriales ingleses muy á sus anchas; y mas todavía cuando se introdujo la libre entrada de las primeras materias, y la exportacion libre de sus productos manufacturados, cuyas excelentes reformas se debieron única y exclusivamente á la iniciativa de Walpole en el discurso del trono del 19 de octubre de 1721. No podía decirse otro tanto de su plan de gravar los artículos de consumo, plan que comunicó al parlamento por primera vez en el año 1732, y después en un discurso extenso en 15 de marzo de 1733. La tempestad que este plan levantó en la oposicion, tanto en el parlamento como en la prensa, arroja mucha luz sobre muchas cosas que de otra manera habrían caído en completo olvido. Este, como ya se sabe, suele ser cabalmente el fruto de discusiones parlamentarias, aun de las más estériles; pero lo que esta tempestad no hizo, como suelen hacer otras, fué poner en evidencia el objeto que el ministro se proponía con su plan tributario. Se le atribuyó con gasto pasmoso de frases patéticas y de indignacion moral la intencion de matar el derecho, la libertad y la constitucion de su país, con todo lo cual la oposicion no hizo más que demostrar que el único móvil de tanto estruendo era el deseo de desacreditar á Walpole para heredar el gobierno. Por supuesto hoy, desde nuestro punto de vista, condenamos en absoluto toda aquella política tributaria que nada imponía al capital móvil y que iba también á eximir á la propiedad territorial echando toda la pesada carga sobre las primeras materias y los artículos de alimentacion que consumía principalmente la parte de la poblacion que no vivía de rentas, sino del trabajo. Admitido, pues, que nadie soñaba entonces en cambiar este sistema tributario, y que nadie se adelantaba á proponer otra cosa, porque la oposicion estaba muy distante de solicitar un aumento de la contribucion territorial, ni la introduccion de un impuesto sobre los capitales móviles, era evidente, á no estar completamente ciego, que el plan de Walpole con tales premisas era excelente para la hacienda, y completamente inofensivo bajo el aspecto político y constitucional (1).

(1) Véanse en la obra de COXE, tomo III, las citas literales de lo que dijo Tucker, y la exposicion que hace A. SMITH en su obra: *Wealth of nations* (La riqueza de las naciones), libro V, capítulo II, artículo 4.º

La historia del impuesto sobre los artículos de consumo, después de la historia de la pasion y muerte de Irlanda, demuestra clara y contundentemente que la libertad inglesa no era ni es casi otra cosa más que el reinado y el predominio de la clase que se sienta en el parlamento, sobre los millones de súbditos ingleses que no tienen asiento en las cámaras. Así es que el derecho de consumo que en tiempo de Walpole fué pintado con colores aterradores como la invencion más horrible de una tiranía infame, había sido introducido por los celeberrimos patriotas del «parlamento largo,» que abrió con el derecho sobre las bebidas de las clases bajas de la poblacion, la cerveza y la sidra, en el año 1643, la larga serie de leyes sobre consumos, que en tiempo de Walpole llegó al número de veintinueve, cargando de derechos después de las bebidas fermentadas el carbon de piedra, la sal, el café, el té, el chocolate y otros artículos de consumo diario, al mismo tiempo que el arbitrio sobre las bebidas iba continuamente en aumento, agregándosele también un derecho sobre la *malta* ó sea sobre la cebada germinada y tostada que constituye la base de la cerveza, de modo que esta estaba cargada dos veces. En el reinado de Ana extendióse esta contribucion con la rapidez de los incendios de las pampas de América, y fueron gravados el aguardiente, el cuero, las velas para el alumbrado, las pieles, el pergamino, el lúpulo, segundo elemento de la cerveza, el papel, el carton, el jabon, la seda, las telas de percal estampadas, el almidon y los alambres é hilos de oro y plata; se aumentaron los impuestos sobre las industrias, sobre los edificios y ventanas, el timbre y los sellos de muchas clases, sobre la vajilla de plata y sobre el sueldo de los empleados del gobierno. A todo esto nada habían encontrado que decir los tories, hasta que de repente salieron en los años 1732 y 1733 con el descubrimiento horripilante de que la mitad del pueblo inglés había sido arruinada con el horrible abuso del impuesto sobre el consumo, y que el plan de Walpole era arruinar á la otra mitad.

Veamos en qué consistía este plan.

Ya hemos dicho que Walpole quería abolir del todo la única contribucion directa que había en Inglaterra, la territorial, después de haberla rebajado á una cuarta parte, es decir, al 5 por 100, y suplir la merma con un mayor desarrollo de las contribuciones indirectas, no aumentando el número de los artículos imposables, que no era ya posible aumentar, sino gravando más y de otra manera los más productivos en este concepto; es decir, que el derecho de importacion en el reino debía cobrarse en la forma de derecho de consumo en el interior, principiando por de pronto con el tabaco y el vino.

Este era el plan de Walpole que indicó por vía de introduccion ya en el año 1732 en el mismo parlamento; y para preparar mejor la opinion pública lo anunció también por medio de una carta dirigida «por un miembro del parlamento» anónimo á un labrador propietario rural, que publicó en el mismo año (2) y que analizó á mayor abundamiento en un discurso magistral, pronunciado en la cámara de los comunes el 15 de marzo de 1733.

Mucho antes de tener conocimiento completo de este plan, atacó con loco furor el periódico de la oposicion «El Artesano» (*Craftsman*), cuyos colaboradores eran el jefe de la oposicion de la cámara de los comunes Pulteney, y

(2) El título de la carta era: *A letter to a freeholder on the late reduction of the land-tax to one shilling in the pound*. Londres 1732. Peele editores.—E. LESER da un cuadro muy claro y vivo de los escritos que provocó esta cuestion, en su obra escrita en alemán: *Una polémica sobre el derecho de consumo en Inglaterra*. Heidelberg 1879.—Véase el discurso en COXE, tomo 3.º